VOL 87 Nº 4
AGOSTO 2019

Ilustración

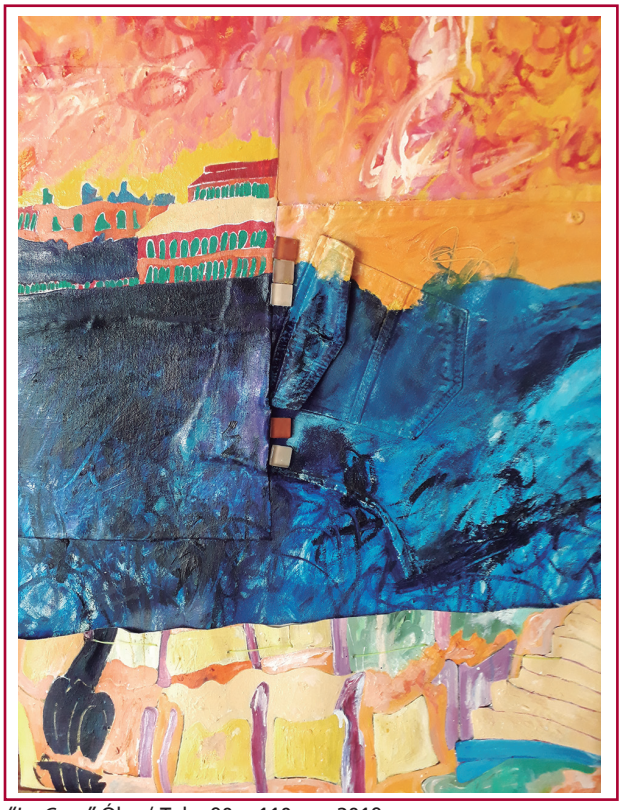
DANIEL SEILICOVICH
(artista argentino contemporáneo)

La obra de Daniel Seilicovich lleva a explorar lo que se ve y también lo que está ausente. Lo que el artista deja de representar en su composición es el silencio que se vislumbra más allá de ella, en una complementariedad de lo que detalló con el pincel. Y es que en esos paisajes urbanos de aliento expresionista se escabulle un acentuado lirismo que se manifiesta en toda su creación. Lo que no se observa proviene de esta abstracción del pintor sobre el ser. Hay extrañeza en estos paisajes de la ciudad, en movimiento, vigorosos y exultantes, al hallarse vacío de seres. Y esta posición lleva al dramatismo de la ausencia del ser ante sus propias creaciones sembrando a la obra de Seilicovich de un dilema metafísico. El autor nos conduce a la memoria de ese párrafo escrito por Orlando Pierri cuando expresaba: *"El arte desde que pudo apartarse de la razón exclusiva, tiene un gran campo de desarrollo: lo irracional"*. Estas palabras advierten de la innegable relación entre arte e inconsciencia, en el linde donde nos preguntamos por la validez de la misma existencia, reproche al que todos nos hemos asomado a su abismo alguna vez. En ese momento en que los seres se extrañan de estar vivos y donde asumir una existencia libre es vivir como si no se hubiera nacido, como si se hubiese negado el nacimiento en una probable elección previa. La ventaja de la inexistencia se declara en este mensaje oculto de Seilicovich, similar a Samuel Beckett (1906-1989) cuando le hace expresar a su personaje: *"lamento haber nacido"*.

La conciencia tiene autenticidad, no sólo porque hay un destino de muerte del que adquiere conocimientos, sino también porque al nacer no puede replegarse. El hombre entra en desesperación contra el destino. No se puede apartar de ser aunque en lo íntimo lo ansíe. El impulso por permanecer vivo le da vuelo pese al destino que se lleva. Y el hombre para imaginarse llama pesimismo a su realidad.

Quisiera, el hombre, durante toda la existencia tratar de exonerar esta realidad y embriagarse de placidez existencial para liberarse de su presión. Sin embargo al acuñar una conciencia atesoró el miedo a *"no-ser"*, pero no puede considerarse una víctima sino un cohecho a este orden natural, tan solo porque tuvo siempre a su alcance la solución de dejar de ser. ¿Qué poderoso impulso es superior a esta angustia de ser?

"El Arco de La Iglesia" Técnica: Óleo/ Fibro Fácil, 64 × 50 cm, 2019.



"La Casa" Óleo/ Tela, 90 × 110 cm, 2019.

Es su extrema convicción de debilidad y fracaso. Estuvo siempre en una trampa. Inserto en la mundanidad con que descompone su dignidad y con el consuelo de las múltiples alienaciones. Se halla tan condenado que negar es tan necio como afirmar la dramática condición existencial y la nada que lo pueda esperar.

La verdad vital está ausente de la filosofía y del mundo. Es demasiado intenso aceptar la vida bajo estas condiciones. Es mejor renunciar a la conciencia real y someterse a la fantasía neutral. De tanto tomar este camino se le antojó al hombre que ella era la única verdad. Los pensadores que no adhirieron pasaron a ser "malditos". El mundo acepta las deficiencias que produce con el fin de tolerarse, también sabe que interrogar al universo y a la nada por su existencia, es una fruslería, una torpeza.

No podemos aceptar ser nihilistas ni pesimistas, tan solo ignorantes de nuestra condición. Nos persigue la indecisión, por eso nos arrojamos a la mundanidad, a su juego de poder. Cruel obsequio ha sido entregar la razón al *ser instintivo*. La metafísica nos hace respirar hasta el último aliento de vida, a la espera que la vida sea un sueño que debe amanecer. Un sueño maldito. Hasta el punto que a veces ama la desesperanza porque lo libera de cumplir con la mundanidad disponible y el impulso a la existencia.

Ocupamos el vacío existencial que existe en nuestro interior desde que nos damos cuenta a poco de andar en la vida de la angustia que nos acompaña. Asumimos que la tierra es un inmenso patíbulo y el cosmos un cementerio que viaja en el tiempo. Nada es objetivo. Y esto representa un reto a todo pensamiento, que hace que transformemos a la subjetividad en un desliz, y a lo objetivo en una aporía. ¿Quién podría salir de sí mismo y observar su juicio desde afuera?

El progreso con la técnica ha dado una promesa a la que el hombre acude, pero no existe ninguna posesión material que mitigue su tragedia. La compensación a su drama existencial no existe con el conocimiento. Tampoco con la fe. Son aproximaciones del hombre que se dan de bruces. Representan un gesto de consuelo. ¡No entendemos el sentido de esta estadía terrenal! Un exilio existencial que no nos pertenece y agobia. ¡No haber sabido de esta trampa de la conciencia! Por ella el hombre comete todos los pecados juntos hasta saciar de espanto al mundo. ¡De qué sirvió la cultura sino para aborrecer aún más nuestra experiencia de vida! Aquí en este punto me pregunto si el hombre sin pasión podría sostenerse, y si esta perseverancia por permanecer está en nuestro primitivo cerebro o es una alienación de la conciencia.

Mientras tengamos que ocuparnos de un cuerpo con esta conciencia, nuestra situación actual de sospechas, egoísmos y envidias al prójimo no cederá. Estamos condenados de llegar al *no-ser* para alimentar alguna esperanza de *ser*. ¡Qué voluntad de existir la de todo el universo! ¡Qué impulso nos provee de amar la esperanza y tolerar la agonía para seguir vivos negándonos al inevitable *no-ser*!

Huye el ser de estos paisajes humanos de Daniel Seilicovich en donde hay melancolía y vigor. En ese acontecer de alejarse del progreso de su propia creación lo imaginamos andar en círculo para no acercarse a nadie y exclamar:

Escapo del cementerio/ que llaman existencia/ voy vestido de piedra/ para que no me reconozcan/ que llevo un corazón/ con que los dioses juegan/ para volverme piedra.

Yo me escapo… me escapo…/ me escapo…/ por ahora de ser hombre/

mañana será de la piedra.

Jorge Carlos Trainini